

habíais casado de secreto; vos mismo no se lo confesásteis entónces con harta claridad para convencerla, pero tendréis sin duda bien presente lo que pasó en aquella terrible noche.

— Sí, vos jurásteis sobre los Santos Evangelios la verdad de un hecho cuya falsedad atestiguis ahora.

— Sin duda, y hubiera prestado un juramento todavía mas sagrado, si existiera alguno. Jamas pensaba yo en salvar mi cuerpo ni mi alma, tratandose de servir á la casa de Glenallan.

— ¡Miserable! ¿y os atreveis á llamar un servicio hecho á la casa de vuestros bienhechores aquel horrible perjurio que tuvo tan funestas consecuencias?

— Sí; yo servia como queria que la sirviesen la que debia considerarse entónces como el gefe de la familia. Ella será la que tenga que dar cuenta á Dios de la órden que me dió, asi como yo deberé hacerlo del modo como la cumpli: ella ha comparecido ya ante el tribunal del Juez supremo; yo no tardaré en seguirla. ¿Os he dicho ya todo lo que queríais saber?

— No: es preciso que me hableis todavía de la muerte de aquel ángel á quien vuestro perjurio impelió á la desesperacion, y que murió persuadida de haber cometido un espantoso

erímen. Decidme la verdad: ¿aquel horrible acontecimiento sucedió en efecto del modo que se aseguró entónces? ¿No fué acaso un nuevo acto de crueldad atroz?

— Ya os comprendo. No; lo que se dijo entónces era cierto. Nuestro falso testimonio fué la causa de aquella catástrofe; pero Evelina sola, en su desesperacion, aceleró el fin de sus dias. Cuando se os participó aquella impostura que tantos males produjo, cuando os separásteis de la condesa como un frenético para montar á caballo y ausentaros del castillo con la rapidez del rayo, vuestra madre no habia aun descubiertto vuestro oculto enlace; ella ignoraba que la union que deseaba impedir se habia verificado cerca de nueve meses ántes. Vos partísteis como si el fuego del cielo debiese reducir á cenizas el castillo; y miss Neville, casi falta de razon, fué presa y bien guardada; pero la centinela se durmió, y la encarcelada tuvo ocasion de hacer lo que quiso. La ventana estaba abierta, el parque delante, la roca al extremo del parque, el mar bañaba el pié de la roca. ¡Oh! ¿cuando olvidaré yo aquella terrible noche?

— ¿De esta suerte, pereció en el mar, conforme se dijo?

— No: yo me hallaba á la orilla del mar, la marea bajaba, y ya sabeis que venia casi

hasta mi cabaña, lo que era muy cómodo para el oficio de mi marido.... ¿Que es lo que queria deciros? — Yo ví en la oscuridad alguna cosa blanca que caía de lo alto de la roca, y el ruido que hizo al caer en el agua me persuadió que era una criatura humana. Yo era osada, vigorosa, acostumbrada al mar; precipitéme á las aguas, la saqué de ellas, y me la cargué en los hombros; dos como Evelina hubiera podido llevar. Coloquéla en mi cama en la cabaña, y algunas vecinas viniéron á ayudarme; pero las primeras palabras que pronunció, al recobrar el uso de la palabra, me determináron á despedirlas, y mandé dar aviso á la condesa que me envió su criada española Teresa. Si existia en la tierra una furia bajo forma humana, era sin duda aquella muger. Ella y yo debíamos cuidar á la desgraciada señorita, ninguna otra persona podía acercarse á ella. Ignoro las órdenes que habia recibido Teresa, nunca me las dijo; pero el cielo se encargó de la conclusion del negocio. A la pobre jóven diéronle dolores prematuros de parto, dió á luz á un hijo varon, y murió en mis brazos, en los brazos de su mortal enemiga.... Sí, bien podeis llorar, pero yo.... ¡infeliz!.... ¿que sacaria de derramar ahora lágrimas, cuando no las vertí entónces?... sin embargo, era un espectáculo digno de com-

pasion. Dejé á Teresa con la difunta y el recién nacido, y yo me fuí á tomar órdenes de la condesa. Aunque estaba muy adelantada la noche, conseguí verla; mandó venir á vuestro hermano....

— ¡Mi hermano!....

— Sí, lord Gerardino, á vuestro hermano á quien, segun muchos aseguraban, la condesa deseaba tener por heredero. De cualquier modo, él era el que tenia aparentes derechos á su sucesion, si vos moríais sin hijos.

— ¿Y fuera posible que mi hermano, por codicia, ó para asegurarse la posesion de los bienes, diera oídos á una trama tan vergonzosa y cruel?

— Parece que vuestra madre siguió sus consejos, respondió Elspeth con una sonrisa infernal; pero esta nueva maquinacion no fué obra mia: ignoro lo que pasó entre los dos, pues no asistí á su conferencia. Permaneciéron mucho tiempo encerrados en el salon enmaderado de roble negro, y cuando vuestro hermano pasó por el cuarto donde yo aguardaba, me pareció, ó á lo menos asi se me figuró despues, que llevaba todo el fuego del infierno en sus ojos y facciones; pero su madre sentia tambien en su pecho el incendio devorador. Corrió ácia mí como una muger frenética, y las primeras palabras que me dijo fuéron

estas: — Elspeth Cheyne, ¿has arrancado nunca de su cáliz un capullo reciénabierto? Yo respondí, como se deja presumir, que me había sucedido mas de una vez. — Pues bien, me dijo ella, ya sabes lo que has de hacer del bastardo herege que ha nacido esta noche para afrenta y vilipendio de la ilustre casa de mi padre. Toma (y me entregó al mismo tiempo un largo alfiler de oro que sujetaba sus cabellos), solamente el oro debe verter la sangre de Glenallan. Este niño puede considerarse como muerto, y ya que tú y Teresa sois las únicas enteradas de su existencia, desaparezca para siempre: las dos me responderéis de la ejecucion. — Hubierase podido tomarla por una furia miéntras hablaba así; pusome el alfiler en la mano, y se retiró. Tomadle.... este alfiler y el anillo de miss Neville, he aquí todo lo que me queda de las joyas y dinero mal adquirido que me valió este malhadado asunto. Hasta aquí habia guardado el secreto con la mayor fidelidad, pero no era por ninguna especie de interes pecuniario.

Su descarnada mano presentó entónces al conde un alfiler de oro muy largo, del cual se le figuró al infeliz padre que veia aun degotar la sangre de su hijo.

— ¡Miserable!.... ¿y tuvisteis valor?....

— No puedo decir si le hubiera tenido ó no.

Volví tan precipitadamente á la cabaña, que mis piés no llegaban á tocar al suelo; pero ya no encontré á Teresa, ya no encontré al niño; todo lo que respiraba habia partido, no quedaba mas que un cuerpo inanimado.

— ¿Y no supisteis despues cual fué la suerte de mi hijo?

— Jamas; solo pude conjeturarlo. Conocia las intenciones de vuestra madre, y sabia que Teresa era una furia del averno. Nunca mas volvió á parecer en Escocia, y oí decir que habia regresado á su país natal. Un espeso velo cubrió lo que habia pasado, y los que llegaron á saber algo no viéron en ello mas que una seduccion y un suicidio. Vos mismo....

— Todo me consta.

— Sin duda, vos sabeis ahora cuanto pudiera yo deciros. ¡Herederó de Glenallan! ¿seréis capaz de perdonarme?

— Implorad el perdon de Dios, pero no lo esperéis de un hombre, dijo el conde volviendo el rostro.

— ¿Y como imploraré de un ser puro y sin mancha lo que me niega un pecador como yo? Si delinquí, ¿no he padecido tambien? ¿He disfrutado acaso de un solo dia tranquilo, de una sola hora de descanso, desde que ví su larga cabellera, bañada de agua del mar, estendiéndose sobre mi cabeza?

Craigburnsfoot? ¿No se pegó fuego á mi casa y se quemó todo lo que habia dentro, incluso un hijo mio que dormia en la cuna? ¿No se perdiéron mis dos barcas con mi marido y dos de mis hijos, cuando las otras llegaban felizmente á buen puerto? ¿Todo lo que yo amaba en el mundo no ha tenido que sufrir por mi delito? ¿El fuego, los vientos, el mar, no han recibido su parte? ¿Ojalá, añadió levantando por un instante los ojos al cielo y bajandolos luego, ¡ojalá que la tierra hubiese tomado tambien la que le corresponde de una infeliz que aguarda la muerte tanto tiempo hace!

Lord Glenallan se hallaba ya á la puerta de la cabaña; pero su generosidad natural no le permitió dejar abandonada á la desesperacion á aquella desgraciada muger. — Elspeth, le dijo, ¡quiera el cielo perdonaros como yo os perdono! Implorad la misericordia de aquel que solo puede concederosla. ¡Ojalá que vuestros ruegos sean atendidos como los míos! Os enviaré un sacerdote.

— No, no, exclamó con vehemencia, no quiero sacerdotes; pero la puerta de la cabaña se abrió en aquel instante, y la llegada de un tercero no le permitió continuar.

— No puede decir si le hubiera tenido ó no.

Saturday

Evening

Post

De Jure

November

1914

Friday

